



En un compartimento del tren Venecia-Udine, que disminuía la velocidad al aproximarse a la estación de Conegliano, un joven sacerdote fingía leer con el breviario en las manos, cuando lo cierto era que, no sin notable ansiedad, escuchaba la conversación de dos viajeros que estaban sentados a su lado: un joven de unos veinticinco años, delgado y algo ajado, y uno de cuarenta, lozano, con toda probabilidad un comerciante. La conversación languidecía en ese momento, pero solo en apariencia: no era más que una pausa, durante la cual los interlocutores, aún acalorados, y un poco avergonzados, trataban de esconderse detrás de una sonrisa, confiada en el joven, algo irónica y algo paternal en el hombre.

El tren se detuvo en la estación de Conegliano, y al cabo de un momento entraron en el compartimento una mujer y un chico de trece años; el chico dejó una maleta en un asiento, delante del sacerdote, disculpándose y mirando a su alrededor cohibido. Mientras tanto, la mujer repetía sus recomendaciones, que hicieron sonrojarse al chico, y finalmente después de haberlo besado, se marchó.

El chico se sentó, sin de dejar de mirar obstinadamente por la ventanilla, y durante el primer cuarto de hora

permaneció inmóvil. El joven sacerdote se guardó el breviario en el bolsillo y hallando consuelo en la presencia de alguien que aún era más tímido e inexperto que él, siguió dándole vueltas en su interior a los temas de discusión de sus dos compañeros de viaje: pero el joven parecía distraído, tal vez a causa de la parada del tren y el ajetreo; ya era casi de noche y la luz gris y cegadora del crepúsculo empezaba a invadir el compartimento.

—¿Me permite? —dijo el comerciante con su torpe cortesía de señor envejecido en provincias, señalando una revista que el joven había colocado en el asiento.

—Faltaría más —respondió este y se la entregó. El otro empezó a hojearla con su ironía semipaternal, sumergiéndose, al menos en apariencia, en la lectura.

El joven, Renato, mostraba interés en el chiquillo, rubio y bastante guapo, con los largos labios bien dibujados y los ojos pardos; llevaba un blusón azul celeste con una franja roja en el pecho y un par de pantalones cortos. Cuando se decidió por fin a apartar la vista del paisaje que discurría, el joven le preguntó:

—¿Vas muy lejos?

—A San Pietro —respondió, sonrojándose de nuevo, con un hilillo de voz, casi un suspiro. Renato sonrió y también el muchacho esbozó una sonrisa como de gratitud. El sacerdote al oír el nombre de «San Pietro» se estremeció: era, en efecto, el pueblo al que se dirigía en su condición de capellán. Miró al chico, que representaba en ese momento para él un mundo desconocido. Trató de reconstruir los rasgos de su padre, de sus parientes: pero solo supo delinear una vaga imagen de la madre con esa sonrisa sosegada, el pelo rubio y los ojos pardos.

De repente, el comerciante se echó a reír.

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven; pero el otro, avergonzado tal vez porque no encontraba las palabras para explicar la desproporción entre su risa y la causa que la ocasionaba, murmuró:

—Oh, nada, que no estoy de acuerdo con su Giuseppe Berti¹...

—Ya lo supongo —replicó el joven, sonriendo—. Es usted uno de esos de la distinción cobarde.

El comerciante levantó la vista asombrado, porque probablemente fingía estar leyendo y había sido solo una frase aparecida casualmente bajo su mirada lo que le había hecho sonreír. La frase en cuestión no era muy tierna hacia la iglesia católica, y entonces él la leyó en voz alta por toda respuesta: pretendía involucrar así al sacerdote, dado además que los ojos del comerciante, entre línea y línea, lo buscaban con aire de complicidad.

Y entonces, a este, medio sofocado por los latidos acelerados del corazón, se le escapó una expresión de la que no tardaría en avergonzarse:

—El materialismo de siempre.

—¿Materialismo? —exclamó Renato, retomando la palabra que en el breve silencio que la había seguido había tenido una resonancia extraordinariamente desafinada y pueril—. ¿Materialismo? Se necesita tener la cara muy dura para inventarse de buenas a primeras la definición de una culpa que no existe.

El sacerdote no se atrevió a replicar, porque la discusión se había desplazado demasiado peligrosamente; antes debía discurrir consigo mismo para encontrar los argumentos

¹ Giuseppe Berti (1901-1979): destacado político e intelectual comunista. (*N. del T.*)

adecuados contra aquella forma inesperada, casi puritana, de materialismo.

«No andaba errado», pensó para sus adentros, «él y yo nos parecemos. ¿Pero no es demasiado pronto para hacer semejante concesión? Qué extraño. Es él quien me está echando un sermón. El seminario no me ha preparado para esto... Las ideas pueden hacerte vivir, es indudable... Pero vivimos de sentimientos, que mantenemos bien escondidos. Y yo, en cambio, solo he aprendido a predicar ideas. ¿Quién es este ante quien no puedo predicar? Vamos a ver: es un hecho que no solemos avergonzarnos nunca de nuestras ideas... Este joven, eso es, ha sabido encarnar sentimientos e ideas, ha hecho que su idea cobrara vida... No sé por dónde atacarlo. Y yo en cambio... ¿podría haber confesado mi educación en el compartimento de un tren? ¿Tal como ha hecho él? Pero yo no soy un hombre. Yo tengo que ser testigo de Dios, no de mí mismo. Pues entonces defiende a Dios, la idea divina: estos no quieren a Dios y tú sí que lo quieres; lo quieres en la tierra, en el tren, en el corazón de este chico, en las relaciones con su pueblo... ¿A qué le temes? Tú siempre has de predicar la palabra...».

Pero Renato, después de aquel silencio debido quizá a una especie de indignación, había seguido hablando, y se dirigía ahora al sacerdote. Al cabo de un momento, sin embargo, el tren empezó a disminuir la velocidad: y el chico rubio, haciendo además de levantarse, preguntó a Renato:

—¿Dónde estamos?

—Oh, todavía te queda —le contestó—, aún estamos en Pinzano. Antes vienen Sacile, Pordenone...

Entonces el sacerdote se armó de valor y le dijo al chico:

—No te preocupes, yo también me bajo en Marsure: bajaremos juntos.

El chico se sosegó visiblemente y se sentó más tranquilo en su rincón.

Sin embargo, su tranquilidad no iba a durar mucho, porque casi de inmediato el sacerdote, con una voz cálida y amigable, le preguntó:

—Tú eres de San Pietro, ¿verdad?

—Sí —respondió el chico, abriendo los ojos casi por exceso de timidez.

—¿Y cómo te llamas?

—Cesare Jop.

—¿Vives en el mismo San Pietro?

—Oh sí, he ido a Conegliano a ver a una tía mía.

—Yo soy el nuevo capellán de San Pietro —añadió el sacerdote.

Los tres viajeros, ante esas palabras, lo miraron con cierta curiosidad. A esas alturas, se esperaban de él alguna aclaración, que satisficiera cierta necesidad de intimidad y de confianza que el comerciante, sobre todo, manifestaba abiertamente. Pero el joven sacerdote hubo de decepcionarlo resumiendo en dos palabras su propia trayectoria. A pesar de todo, no pudo evitar las expresiones de simpatía y solidaridad del comerciante, que se prodigó en una larga perorata de circunstancias, sin olvidar hacerle saber que tenía un cuñado que era cura; de este modo se lanzó a una intensa discusión con el joven sacerdote, de la que Renato y el niño quedaron excluidos, ignorados sin cumplidos.

Al chico, por su parte, le pareció estupendo, pues pudo saborear así el placer de sentirse solo con su paisaje, que huía bajo los montes de color turquesa, tallados contra la losa ardiente del cielo.

Sin embargo, el sacerdote le lanzaba a menudo miradas rápidas e inexpresivas, y él, aunque fingiera no darse cuenta,

estaba encantado con el interés que despertaba su persona en el nuevo capellán, que era el primero del pueblo en conocer. Por lo demás, aquel sacerdote le caía bien: no tenía la cara de esos que la emprenden a bofetones con los chicos en los escalones del altar si molestan en misa, ni de esos tan aburridos cuando enseñan el catecismo o al confesar. Al contrario, tenía cara de chico sano, guapo y simpático: una barba algo crecida aumentaba la dulzura de su expresión inteligente.

Ahora, aburrido por la conversación del comerciante, tenía casi un nudo de llanto en la garganta por no saber cómo librarse de él.

Mientras tanto, Renato había vuelto a hojear su revista y leía: él también tenía que bajarse en Marsure, pero no lo había dicho precisamente para evitar la insana curiosidad de sus compañeros de viaje.

El tren se detuvo en Sacile; el chico no pudo contenerse, se puso de pie y miró por la ventanilla las idas y venidas de la estación, las casas y los edificios del pueblo desconocido. El comerciante trataba de encender un cigarrillo con un encendedor que no funcionaba, así que guardó silencio durante un rato, de manera que el capellán albergó esperanzas de que la conversación con el joven, interrumpida nada más nacer, pudiera retomarse de nuevo. Pero Renato guardaba silencio y trató de dirigirse a él indirectamente hablando con el chico.

—Cesare —preguntó—, ¿es la primera vez que vas de viaje?

—Sí —contestó el chico con su habitual voz medio apagada por la vergüenza. Le hubiera gustado inventarse, tal vez, un viaje anterior, pero no tuvo valor. Renato, como es natural, se sintió atraído por tanto candor, levantó la vista del volumen y lo miró con simpatía. Cesare, nuevo para el

mundo y sus intereses, estaba dispuesto a una entrega incondicional, a decirlo todo, incluso a arrojarse al fuego por ese sacerdote y por ese joven a quienes los primeros acontecimientos de su historia, de su entrada en un mundo ya bien conocido por otros, suscitaban una inesperada simpatía. Y el sacerdote continuó:

—¿Te gustaría viajar más a menudo?

—Oh, sí —dijo Cesare—, me encantaría.

—Y San Pietro... ¿es un pueblo grande?

—Qué va, es una aldea: tendrá cuatro mil habitantes.

—¿Todos campesinos?

—No lo sé —contestó Cesare, quien nunca se había hecho una pregunta similar: aunque pensándolo bien, ¿quién no era campesino en San Pietro? Con la excepción de una docena de familias, todos trabajaban la tierra. Después de un breve silencio, se decidió a tomar la palabra y lo hizo con una sonrisa radiante, como si comunicara una buena noticia al sacerdote:

—Sí, son todos agricultores —dijo.

—¿Y son jornaleros o pequeños propietarios?

Esta vez, Cesare no es que se hubiera planteado la cuestión, es que era la primera vez que oía pronunciar esas dos palabras italianas; pero Renato salió en su ayuda, dirigiéndose en parte a él y en parte al sacerdote:

—Hay algunos pequeños propietarios, hay algunos jornaleros; pero la mayoría son aparceros o arrendatarios. Oh, yo conozco bien esos pueblos. ¿Es la primera vez que viene usted por aquí?

—Sí —respondió el sacerdote—, es la primera vez: soy de la zona de Venecia.

—En ese caso —continuó Renato—, si mira por la ventana, no se percatará del cambio...

—¿Qué cambio?